

LA ELEVACIÓN DE LA DERROTA: GUILLERMO PRIETO VUELVE A NARRAR LA GUERRA DE 1847

Leticia Algaba*

A María del Carmen Ruíz Castañeda

I

En 1890 el periódico *La República* convocó al concurso “El poeta más popular”; la ciudad de México, recuerda Fernando Curiel, eligió a Guillermo Prieto: 3752 votos consagraron al escritor¹ que por entonces tenía 72 años y aún viviría siete años más. Con el *Romancero nacional*, *La musa callejera* y una vasta obra en prosa, mantenía una presencia importante entre el público lector y era sumamente respetado en casi todos los ámbitos de la vida pública. En aquél año y en varios anteriores se le invitaba a las ceremonias de conmemoración de la batalla de Chapultepec en 1847; entonces leía un poema inspirado en la valentía y la dignidad de los mexicanos frente al invasor yanqui, o pronunciaba un discurso en el que el amor a la patria presidía el recuerdo emocionado de su defensa. La mirada hacia el pasa-

do no hacía más que actualizar la propia vivencia del escritor como soldado de la guerra de 1847²; en medio de los combates había escrito poemas, entre ellos el “Romance de tormentos y desventuras, amargo como el propio acíbar” el día 14 de septiembre en Chapultepec. En 1848 Prieto se encontraba en Querétaro por entonces sede del gobierno de la república, era Diputado al Congreso de la Unión y funcionario del ramo de Hacienda. En aquella ciudad, refiere Prieto en sus *Memorias de mis tiempos*, se formaron dos grupos políticos, el de la Paz, ligado al gobierno, y el de la Guerra; en el primero destacaban José María Lacunza y José María Lafragua, sus compañeros de la Academia de Letrán, Manuel Payno de quien dice Prieto “...zurcía una leyenda fantástica y llena de sal, de un estornudo o del alarido de un comanche o del suspiro de una monja desesperada”. Los asistentes a las tertulias narraban sus experiencias de la guerra y de ahí nació el proyecto de escribir los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. Se integró un grupo de redatores; a Prieto le correspondieron diez de los veintidós apartados, entre los que destacan los dedicados a las batallas de Padierna, del Molino del

¹ Fernando Curiel, “Vistas de Guillermo Prieto en la Ciudad de México/Album”, Prólogo a *Memorias de mis tiempos*, en Guillermo Prieto, *Obras Completas*, Presentación y notas de Boris Rosen, México, CONACULTA, 1992, p. 45. El segundo lugar del concurso lo ocupó Salvador Díaz Mirón con 1912 votos; el tercero, Juan de Dios Peza con 1610; el cuarto Luis G. Urbina con 115.

² Prieto estuvo bajo las órdenes del general Valencia quien tuvo un conflicto con Santa-Anna; el escritor aborda su participación en la guerra de 1847 en *Memorias de mis tiempos*.

Rey y de Chapultepec.³ Estos y otros episodios, como ya referí antes, fueron recreados poéticamente desde y posteriormente al momento de la intervención norteamericana.

En septiembre de 1875 Prieto dedicó sus Charlas Domingueras del periódico *La Revista Universal* al suceso histórico con las “Memorias de Zapatilla” reunidas en un volumen bajo el título *Mi guerra del 47* por María del Carmen Ruiz Castañeda, a propósito del centenario de la muerte del escritor⁴. A veintiocho años de distancia de los sucesos, Prieto ofrece una sabrosa narración en la voz de Zapatilla, un personaje representativo de los soldados improvisados que voluntariamente se unieron al ejército regular. La verosimilitud del relato se afina en la calidad de testigo de los hechos del narrador, quien abandona sus estudios para ingresar al ejército. Una recomendación “de rechupete” lo coloca en la posición justa para enterarse lo mismo de las estratagemas militares que de relatos de otros actores y testigos de la guerra, elementos que a la vez refuerzan la veracidad de los hechos. Prieto construye las “Memorias de Zapatilla” con recursos paradigmáticos de sus crónicas y cuadros de costumbres: retratos magistrales de los personajes históricos, de hombres y mujeres del pueblo cuya vida cotidiana se rompe durante la guerra; junto a esto, una sucesión de vistas panorámicas del valle de México, de modo tal que muchas veces los personajes y el paisaje se asemejan a cuadros pictóricos que detienen por instantes el presagio y la confirmación de una circunstancia aciaga. Es en la perspectiva de la narración donde resulta notoria la mano maestra de Prieto; ahí surge una defensa de las alturas como lugar propicio para elevar el aliento patriótico, motor de la lucha de los soldados mexicanos frente a los norteamericanos, y recurso de un narrador que presenta sucesos del pasado inmediato y que busca la

adhesión de los lectores de su presente, de 1875. Antes de desentrañar el punto de vista de *Mi guerra del 47* conviene examinar los atributos de Zapatilla, el protagonista-narrador, y de otros personajes.

II

...yo era de todo el mundo, yo era pueblo y patria, cabalgando en Don Canuto como un Bernardo de Carpio.

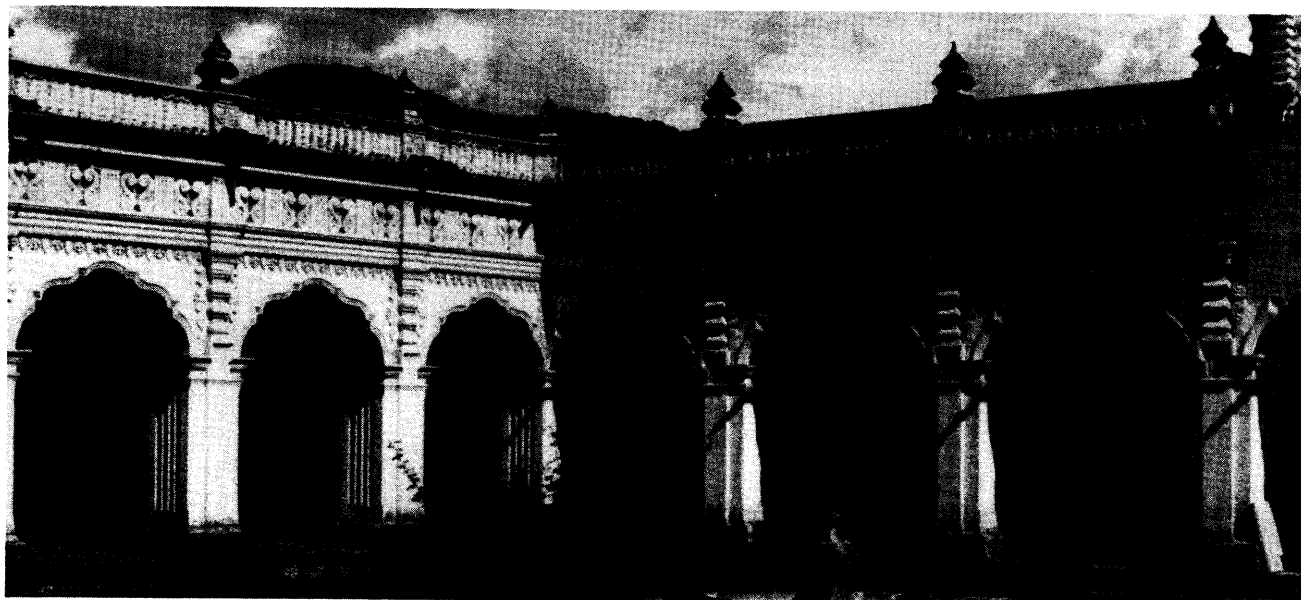
Con estas palabras Zapatilla expresa la esencia de su protagonismo realizado en la figura de un caballero. Ya en las huestes del general Nicolás Bravo, éste ordena que le den un caballo –Don Canuto– y un asistente –Fafaláis–, quien de inmediato recibe la primera orden de su jefe: una carta para Cuca, la novia que había quedado desolada al leer aquel papelito que decía: “La patria me llama. Tuyo hasta la muerte”. A partir de entonces, Zapatilla es un correveidile pues lo mismo transmite partes militares como noticias de soldados caídos y recados amorosos; se torna en un enlace entre los altos mandos militares y la gente del pueblo, “su gente”. Los solaces intermedios de su tarea son las charlas amorosas en la ventana de Cuca; él “arriesgado y medio fanfarroncillo”, ella “suplicante y llorosa”, pero al fin, como todas las conversaciones de enamorados, “se componen de peros, andan y desandan, se van por un callejoncito y vuelven por otro más bonito”⁵. De los celos por las dedicación de Zapatilla, Cuca pasa muy pronto a ser una “patriota desaforada”; se une a otras mujeres a los rezos, a la ayuda a hospitales, a la recolección de limosnas, al reparto de folletos y proclamas.

Zapatilla despliega sus encargos con la ayuda de Fafaláis, un hombre afectado por dos pasiones: el amor en todas sus variaciones y el comercio; de la primera Cuca es la primera beneficiaria pues se convierte en su guardián y defensor frente a las ve-

³ En *Memorias de mis tiempos*, pp. 425-428.

⁴ “Memorias de Zapatilla” se publicó por entregas los domingos 12, 19, 26 de septiembre, 3 y 10 de octubre de 1875; véase *Mi guerra del 47*, México, Coordinación de Humanidades UNAM, 1997. (Voces de la Hechicera).

⁵ *Mi guerra del 47*, p. 55.



leidades de Zapatilla. Éste confía plenamente en Falaláis al grado de cederle la voz para narrar un momento crucial de la batalla de Chapultepec:

—Pus allá en la plazuelita ya hechos *maraña* mexicanos y *yankees*, la artillería jugaba que era horror, cercaron las piezas, entonces, ya mal herido el cabo Rodríguez, les *redivaba* las piedras de la trinchera; parecía un Dios aquel hombre. Los *alunos* estaban en el Mirador saliéndose de la *traba* en un brete; los mandaba en esa *positura* mi capitán Alvarado que *la verdá de Dios no tiene gallos*; yo me les *entruché* y me fui con ellos a medio Cerro a *topetearnos fuerte* con la *coluna* de la Alberca.⁶

Prieto deposita en Zapatilla la desesperación, la angustia de los mexicanos que tomaron como suya la defensa del país obedeciendo estrategias militares o a espaldas de ésta, guiados por la dignidad y la vergüenza de la ocupación norteamericana. Así, entre la fatiga, el miedo, la desilusión por las

derrotas, Zapatilla nunca desmerece la imagen que de sí mismo tiene: “Yo caracoleaba sobre *Don Canuto*, como un Napoleón, las *garbanceras* me sonreían, los oficiales me decían chifletas, yo a todos contestaba, y sentía mi corazón listo y contento como una golondrina”.⁷

Como podrá notarse el homenaje de Prieto a la resistencia mexicana en 1847 se aparta de la solemnidad mediante el habla de los voces de Zapatilla y otros testigos y actores de las batallas. Desde el sentido común interpretan la estratagema militar con sabrosas frases que a veces dejan mal paradas las órdenes, o ayudan a precisar el movimiento de las tropas, como en el caso de Zavala, un hombre que “no se blandeaba en los apuros”:

El 7...no sé porque nos *dijieron* al Cerro se van ustedes...y nos fuimos porque el tercer ligero ... es de la pura ley... pues lo que *quieren*, dijo mi coronel *Chagaray*, y juimos al cerro... El coronel está a caballo ...llegamos a la puerta de atrás del Molino... Avísame si era iluminación, si eran

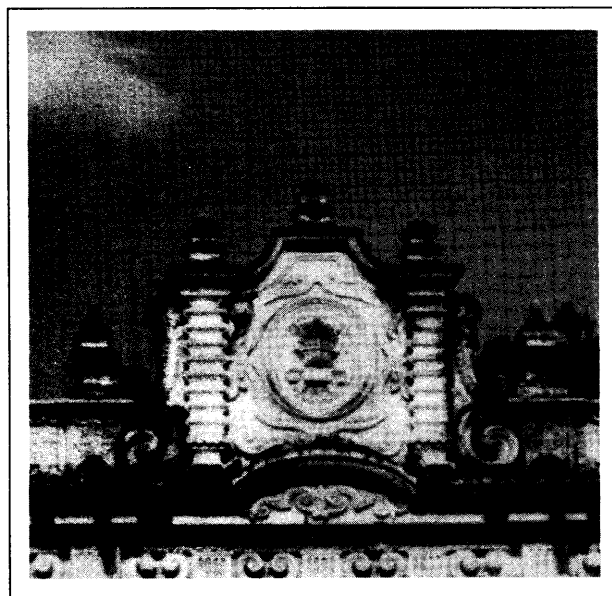
⁶ *Ibid.*, p. 95.v

⁷ *Ibid.*, p. 25.

fuegos de plaza los que alumbraban por arriba... *Oigasté* los yankees se azoraron, nosotros en mil voces gritaron ¡Viva México!... ¡Coyones, no corran!... Estábamos sobre sus baterías en la mera era del Molino del Rey...yo, y no sólo yo, veíamos al frente de la era unos montones de rama medio indinos, medio traicioneros; nada importa, decíamos...porque la *rejolina* seguía y los de Casa Mata hacían su deber... estábamos bebiéndonos el triunfo llenos de alegría... ¡*algame* Dios!, allí se la estaba luciendo de jefe don Leonardo Márquez.⁸

Los giros populares otorgan gracia y sentido del humor aun a los momentos angustiosos, como cuando Zapatilla recuerda haberse quedado “encaramado” en la rama de un árbol desde donde gritaba los “partes” y dice “yo no sé cómo no me rompí el bautismo, estaba casi volando”. Frente a los yanquis “muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechas güeras, con sus caras como hechas todas de un solo molde”, no será raro que en los momentos de ilusión del triunfo sentencien que “iban a fumar de a once finos”.

En el relato surgen también los trazos de los tipos populares, una de las vetas más ricas en la obra de Prieto; la ubicación de un personaje, por ejemplo, se da mediante la fisonomía de los habitantes citadinos. Del general Nicolás Bravo, uno de los personajes históricos de quien hay muchos trazos para un retrato: “hombre grueso y corpulento, de furia levantada... de mirada franca y apacible”, “es como de piedra, su fisonomía no se contrae jamás... su valor tiene la temeridad del desprecio a la muerte”; de él sabemos que vivía “en la calle de la Joya, en el barrio de las de frente china y ojos dormidos, la flor y nata del *garbanzo*.”⁹



III

Los principales sucesos históricos de *Mi guerra del 47* son las batallas de Padierna, Molino del Rey, Chapultepec y la revuelta que se produjo cuando los soldados norteamericanos entraron al centro de la ciudad de México. El orden temporal responde al camino de Zapatilla, que comienza en la hacienda de San Antonio, cerca de Tlalpan, con los preparativos de la batalla de Padierna (18 de agosto), continúa en Molino del Rey y Chapultepec (7, 12 y 13 de septiembre) y termina en el zócalo de la capital (madrugada del 14 de septiembre).

Zapatilla narra en primera persona los hechos siguiendo una verdadera estrategia con la que Prieto se empeña en sostener la elevación de una lucha cruenta, como señalé al principio. Situado en lo alto, la mirada y la voz del narrador tocan los hechos de abajo, y desde este último punto, la realidad difícil, dolorosa, asciende mediante los actos heroicos, de suprema dignidad, frente a un enemigo difícil de vencer. El símbolo que concentra las aspiraciones de los mexicanos es la bandera cuyo lugar justo es la altura; su descenso es el motor de la lucha, su ascenso, el anhelo mayor. Así, la bandera mexicana se convierte en un personaje de gran importancia.

⁸ *Ibid.*, pp. 83-85.

⁹ *Ibid.*, pp. 15, 22, 123, 124, 28, 30.



Desde lo más alto de la hacienda de San Antonio, Zapatilla, a espaldas de los magníficos volcanes y frente a las lomas de San Angel, ve a su izquierda en el descenso de las montañas las casas y los árboles de Tlalpan, el Carmen, la “hundición” del río, y entre magueyes un callejón de la Peña Pobre deja ver Padierna; a la derecha está Mal País, milpas, y en medio, como un presagio, la vista se detiene en Churubusco, “como un señor obeso que se hubiera apartado del camino para que no lo atropellara la gente”¹⁰. Mientras que el narrador recorre este paisaje, los generales Santa Anna y Bravo toman los anteojos y ven el cerro de Zacatepec, donde se encontraba el general Scott. En las miradas del narrador y de los militares se evidencian diversas intenciones; la de Zapatilla busca empatarse con el bello paisaje ya amenazado por la guerra, la de los generales busca construir la estrategia para atacar a los norteamericanos o al menos detenerlos. Para el narrador principal la altura, colindante con el cielo, permite también detener momentáneamente el tiempo —el suyo y el del relato—, entregar al lector estampas co-

mo la que se traza desde la torre de la Iglesia de Belem días después de la batalla de Chapultepec, cuando persistía el desaliento y la depresión:

A mi espalda tenía los volcanes, los lagos y las amarillas llanuras del Peñón... A mi izquierda, los llanos de Ixtapalapa con sus hileras de árboles, como procesión de señores sacerdotes... Al frente venía la calzada de Belem como un río de gente... más allá, a mi derecha, el acueducto sacando tantos ojos, trepando mirando lo que pasaba, las casas altas empenándose sobre los árboles, las casuchitas dispersas como al emprender la carrera por aquellos llanos, como borreguitos que se han quedado atrás del rebaño...¹¹

En las últimas líneas del fragmento anterior no puede ser más tangible el deseo del narrador de encontrar en los sitios que rodean la ciudad ojos cómplices para entender el caos interno y el de una ciudad a punto de ceder ante el enemigo, y también para espiarlo y atacarlo a su entrada al zócalo.

Cuando los norteamericanos ya se habían adueñado de Tacubaya, San Ángel y Coapa, el narrador sube a las lomas de los Morales y comienza a variar las estampas: a la derecha, un ejército mexicano de caballería, a la izquierda “azuleaba como si se hubieran derretido los montes, la tropa yankee”, en el centro estaba la promesa del triunfo en las fuerzas de León, de Balderas y de Echegaray. Para reforzar esta perspectiva desde lo alto siguen los retratos de estos militares, cuya fisonomía denota ánimo para encontrar la ansiada victoria:

León era acendrado, ancho de cuerpo, muy severo y muy aquello de atento con todos. Balderas era moreno, de ojos vivísimos, llena la cara, listo al moverse, juguetón y risueño; sus amigos le estimaban por sus dotes de caballero, sus soldados le adoraban... Miguel Echegaray

¹⁰ *Ibid.*, p. 20.

¹¹ *Ibid.*, p. 108.



es alto, bien plantado, rubio, de grandes bigotes;
se ponía como un camarón en la fatiga...¹²

Pero la anhelada victoria no llega, sólo ha habido relámpagos como en Padierna y en Molino del Rey. Los momentos aciagos se multiplican, ¿cómo entonces seguir defendiendo la altura cuando lo de abajo, la realidad se impone? Comenzará una progresiva fusión de las dos perspectivas en el relato de la batalla de Molino del Rey (8 y 9 de septiembre). Desde abajo, la derrota se concentra en el silencio ocasionado por la orden que tenían los soldados de permanecer sentados, con el fusil entre las piernas. La inmovilidad otorga heroicidad al ejército mexicano. A merced de las balas norteamericanas, los mexicanos encontraron

aquella muerte sin ruido; aquel terror concentrado sin más desahogo que el ¡ay! del herido... Morir matando: morir entre la embriaguez de las músicas, de los vivos; morir flameando nuestras banderas al eco de los clarines... Pero de-

jarse matar así en silencio... como quien atraviesa a oscuras por entre asesinos, eso está sobre todo lo que se puede contar.¹³

Aquel silencio es interrumpido al atardecer por un repique de triunfo en el centro de la ciudad ordenado por Santa Anna: "nadie puede figurarse el mal efecto que hizo el embuste oficial; era como esas abiertas de ojos y esa risa forzada de los cadáveres galvanizados"¹⁴. La celebración en falso interrumpe también el duelo, la depresión que antes había cobrado altura y heroicidad. Pero el anhelo del narrador persigue de nuevo las alturas, se sitúa en

¹³ *Ibid.*, pp. 58-59.

¹⁴ *Ibid.*, p. 46. La intervención del presidente Santa Anna es tratada con ambivalencia; a veces se subraya su apoyo a la lucha, otras como la celebración en falso es censurada. En *Memorias de mis tiempos*, cuando Prieto se refiere a su propia participación en la guerra bajo las órdenes del general Valencia dice: "conservo impresiones horriblemente dolorosas de la saña, la envidia, de las pasiones personales de Valencia y de Santa Anna, las hostilidades de sus círculos". En edición citada, p. 402.

¹² *Ibid.*, p. 34.

Chapultepec al anochecer tras la cruenta batalla del 12 de septiembre. Mira hacia abajo el bosque, donde los viejos ahuehuetes parecían quejarse junto con los soldados heridos. Arriba se encontraba la ilusión del triunfo, los alumnos del Colegio Militar “se entretenían con la esperanza de sus triunfos al siguiente día; se oían por allí risas y contento, sí, señor, contento, apenas puede creerse”¹⁵. Mas esta ráfaga de esperanza mostraba ya su fragilidad pues las alturas estaban ya sumamente amenazadas: desde el mirador casi en tinieblas se veían cadáveres y heridos, era un “recinto pavoroso de lamentos, quejidos y lágrimas”.

La angustia de Zapatilla en aquél anochecer imprime la confusión de las perspectivas de la narración, por eso se obsesiona con dos pensamientos: la vergüenza de no haber sido herido en la batalla y el deseo de escribir a Cuca. En uno y otro, Prieto sigue retratando al protagonista, mostrando su elevado espíritu y hasta su “furor poético” que le viene con el recuerdo de los recados de Cuca, quien siempre le pide cuidarse y le envía todo género de bendiciones; entonces Zapatilla escribía:

Truena al cañón, se arrecia la bronda.
Y el grito maldición al yankee impío,
Y cuando quiero renovar mi brío,
Me acuerdo con los ojos de mi Cuca.
Pero este consonante en uca, me trabuca,
Me machuca, me hiciera erizar la peluca,
se entiende, si fuera yo señor...de peluca.¹⁶

¹⁵ *Ibid.*, p. 65. En el episodio de Chapultepec no figuran los “Niños Héroe”. Los “catrincitos del colegio” que se llegan a mencionar lateralmente son Márquez, Escutia, el “chatillo” Barrerita, el “chapulín” a quien apodaban el “Duende”. Todo parece indicar que en 1875, año de la escritura de *Mi guerra del 47*, no se había acuñado todavía la heroicidad de los cadetes del Colegio Militar, aunque sí aparecen hechos semejantes, como el del soldado Margarito Suazo, quien durante la batalla de Molino del Rey, ya herido, se envuelve en la bandera nacional y así muere.

¹⁶ *Ibid.*, p. 68.

Como una sonrisa, los versos de Zapatilla se intercalan entre la tristeza del anochecer del día 12 de septiembre y el amanecer del 13 cuando sucederá “lo mero bueno”. Para contrarrestar aquel día aciago, Zapatilla narra el episodio de Santiago Xicoténcatl, jefe del batallón de San Blas, “un indito que no se daba tlaco por él”. Herido, se levanta y “riega los enemigos a sus pies”; al morir los gritos de ¡Viva México! y ¡San Blas siempre vence! le imprimían la calidad de héroe.

Después de la batalla de Chapultepec, Zapatilla se refugia en el rancho de la Teja, precisamente en un sitio propicio para mirar desde arriba, a espaldas de Chapultepec, en el punto donde comenzaban a abrirse las dos piernas del compás de entrada a la ciudad de México, las calzadas de Belem y de Verónica. La vista desde allí, confiesa Zapatilla, le parece ya ajena como si la ciudad de México ya no le perteneciera: “Yo tenía un abismo en el alma y un nudo en el entendimiento; me parecía que otro señor estaba dentro de mí, viendo lo que pasaba, asomado a mis ojos como un balcón”¹⁷. En tal estado, sigue mirando y oyendo lo de abajo: San Cosme, Buena Vista, San Fernando, Paseo Nuevo, donde estaba el “mero siquisi”. La rapidez de la vista que sigue el movimiento de lo de abajo se convierte en “un abrir y cerrar de ojos”, señal de que el vértigo del enfrentamiento callejero se había apoderado ya de todo, inclusive del relato; la mirada de Zapatilla se confunde ya con la acción, con su acción, recurso eficaz para narrar el episodio final en el que Prieto reconoce la intervención del pueblo que se enfrasca en una batalla no planeada, que pasa por alto el armisticio e intenta impedir la ocupación del Palacio Nacional por los norteamericanos. La muchedumbre está compuesta por léperos, sacerdotes, comerciantes, artesanos, que durante una jornada entera desafiaron a los yanquis. En ésta, la última derrota de los mexicanos, el ruido de la batalla enaltece, es opuesto al silencio humillante de Molino del Rey:

¹⁷ *Ibid.*, pp. 80-81.

Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos, buscando a la patria que se le iba de dentro de sus brazos, así fue el pueblo, así le vencía el abandono de sus defensores y de los poderosos: pero aquel ruido de guerra hacía compañía al alma, en ese ruido había patria y esperanza.¹⁸

Las frases anteriores denotan el homenaje de Prieto a una batalla que eleva la dignidad de los mexicanos y en el ámbito del relato otorga plenitud al soldado Zapatilla cuando es herido en una pierna, hecho que lo libera de la vergüenza de haber salido ileso en otras batallas.

Como mencioné el principio de este apartado, la bandera mexicana despliega su valor simbólico y opera como la imagen del punto de vista narrativo; desde lo alto, en su justo lugar, incita a la defensa de México; desde abajo, en una posición humillante, realza las virtudes de los soldados y les da nuevos ánimos para los combates. Quizá como en todas las guerras, en la de 1847 el ondear de la bandera en lo alto resulta crucial; Zapatilla y casi todos los personajes la miran, por eso es que la bandera, además de un símbolo patrio, es un personaje, el personaje más mirado, el que une el anhelo de la victoria con el sinsabor de la derrota, la estrategia militar con el sentido común del ejército no regular.

La peor desdicha de Zapatilla es el descenso de la bandera; en casi todos sus relatos desde lo alto la



busca. Cuando observa junto con el general Bravo el avance de los norteamericanos hacia Padierna dice:

vimos patentemente con el anteojo, alzarse un grupo, bajar a estrujones nuestra bandera, y después desplegarse lenta y en toda su extensión la bandera americana; yo lloraba como una mujer... el general me puso la mano en el hombro... ¡Caramba!, ¡Me hubiera querido morir!¹⁹

A partir de la batalla de Padierna, el descenso de la bandera mexicana va en paralelo con las derrotas; su ascenso se logrará a través de los actos de valentía de los soldados. Uno de éstos, por ejemplo, es el de Margarito Suazo, quien herido de muerte en la batalla de Molino del Rey tomó la bandera y la envolvió en su cuerpo, así fue encontrado por el enemigo y así muere. La prueba de ese acto es la bandera agujerada y “con manchas que dicen clarito que estuvo empapada de sangre” que la madre del soldado guardaba.

¹⁸ *Ibid.*, p. 150. En el reproche al abandono de los mandos militares, Prieto se refiere a que Santa Anna envió algún refuerzo de poca ayuda. El gobernador Veramendi llamó al orden puesto que ya se había firmado el armisticio. Sobre este llamado, José María Roa Bárcena dice: “Si la parte del pueblo que se alzó en armas obedecía a un sentimiento noble y cumplía un deber patriótico, el ayuntamiento al procurar la cesación de las hostilidades cumplía la más sagrada de las obligaciones a su cargo respecto a la ciudad”. En *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Por un joven de entonces*. México, Edición de la Librería Madrileña de Juan Buxó y Ca., 1883, p. 487.

¹⁹ *Ibid.*, p. 23.

Si la bandera mexicana continuaba abajo, había que impedir que la norteamericana ascendiera. Este intento encuentra su mejor realización en la batalla que la muchedumbre emprende contra los yanquis. El Palacio Nacional vacío, como “cuerpo sin alma”, debía quedar a salvo, un hombre de apellido Barroso “aserró el astabandera para que se colgaran en su narices los yankees su bandera con todo y estrellas”. Sin embargo, el lienzo de las barras y las estrellas ascendió, los yanquis “la revoleaban, como si nos pegaran un puñal en el pecho, aquello era darnos con el trapo puerco en la cara”²⁰.

IV

La perspectiva de la narración de *Mi guerra del 47* se erige como la defensa de lo elevado, sea desde arriba o desde abajo. Prieto consigue el ascenso situándose como detrás del anteojo, como un estratega militar, y cede la voz a Zapatilla, quien con su lenguaje sencillo, dicharachero, cuenta las experiencias de la guerra años después de ésta, y para reforzar la verosimilitud, le da la voz a otros testigos y actores de los sucesos. En la combinatoria de los puntos de vista, desde arriba el narrador se hace acompañar de la majestuosidad del valle de México, él mismo traza y tiende un cerco para defenderlo del invasor norteamericano; hacia abajo busca subrayar un descenso digno a través de momentos heroicos que dan altura a una realidad cruel, dolorosa.

Distante veintiocho años de la intervención norteamericana, Prieto entregaba a los lectores de 1875 las “Memorias de Zapatilla”, un texto proteico que deja ver al menos dos intenciones. La primera es la veracidad de los sucesos, a tal grado que el último capítulo del texto es una carta dirigida a “don Guillermo Prieto, por otro nombre o apelativo, Fidel” de un lector que junto otros “probes, pero muy patriotas” se reúne los domingos en la fonda “La Violeta”

a leer las “Charlas Domingueras”. El lector aclara y precisa algunos hechos de la batalla de Molino del Rey, como el asunto de la resistencia y el ofrecimiento que le hicieron al general Nicolás Bravo de recibir refuerzos para el asalto de Chapultepec, a lo cual él respondió que no necesitaba más gente: “¿qué no ven que la están matando de violín? yo lo que quiero son cañones”. Este lector también avala los sucesos narrados en *Mi guerra del 47*, con lo cual podemos corroborar ahora que en 1875, los viejos combatientes de la guerra contra los norteamericanos leían con avidez a Prieto, escritor de la “vieja guardia” que se negaba a desaparecer de la escena nacional. Es previsible también que los jóvenes lectores de 1875 no comprendieran plenamente el concepto de patria encumbrado en la bandera nacional porque en aquél año México no se debatía entre intervenciones extranjeras y luchas internas, aunque ese público leía los poemas y los romances de Prieto, según lo señalé al principio, y seguramente se conmovía ante un pasado cruento pero embellecido. La segunda intención de *Mi guerra del 47* se descubre en la trama eficazmente gobernada por un punto de vista que construye la verosimilitud literaria y otorga el sentido a la guerra: una celebración de la libertad, a pesar de la derrota; así lo expresa Zapatilla al final de sus memorias:

Cuca es mi amparo y mi delicia, tenemos tres patriotas como unos serafines. Cuando llega el 15 de septiembre ...A la hora del grito les digo a mis hijos y a Cuca lleno de alegría: ¡a la plaza muchachos, a la plaza, vámonos al grito y a recordar también la fiesta del pueblo del 47.²¹ ■

²⁰ *Ibid.*, pp. 116 y 125.

²¹ *Ibid.*, p. 160.

